

Jesús Rubio Jiménez. *La herencia de Antonio Machado (1939-1970)*. Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2018 [2019] (Humanidades, 144).

Este trabajo de investigación reconstruye con rigor el tratamiento dispensado a la figura y a la obra de don Antonio Machado desde su muerte en Collioure el 22 de febrero de 1939, hasta el centenario de su nacimiento en 1975. Para ello atiende tanto a lo sucedido en el país sometido a la dictadura, como a documentos de la llamada España peregrina y, desde luego, a la labor fundamental de determinados sectores del hispanismo, sobre todo del hispanismo francés. Parte del mérito del estudio se basa en el muy amplio repertorio de fuentes que lo sustentan, algunas, como las estampas, postales, cartas, carteles o recortes de prensa, de acceso difícil y especialmente expuestas a la desaparición. Otra particularidad de la pesquisa radica en su talante interdisciplinar, un enfoque que no es nuevo en su autor y que en esta ocasión resulta imprescindible para la adecuada percepción del fenómeno analizado.¹ En efecto, el libro tiene como núcleo el legado de un escritor tal como lo reciben y asumen otros escritores, pero también lo reciben e interpretan pintores, grabadores, escultores y, al cabo, músicos, aunque en ello no se haya reparado suficientemente hasta este ensayo.

El libro significa de manera palmaria, además, un homenaje del profesor, estudioso y escritor que lo firma hacia Machado, y, como los homenajes de más alcance, se enraíza en dos ideas capitales del destinatario: la concepción de la poesía, en realidad de toda la literatura, como palabra en el tiempo; y la necesidad de que el intelectual, como cualquier otro ciudadano, actúe siempre a la altura de las circunstancias a modo de horizonte moral. A partir de esta base, Jesús Rubio realiza una historia en pormenor de la lectura de la obra y del hombre, poniendo especial cuidado en la reconstrucción justamente de las circunstancias en que se realizan dichas lecturas, que corrieron a menudo paralelas a la valoración de la Institución Libre de Enseñanza y su fundador don Francisco Giner de los Ríos, tan decisivos ambos en la formación de don Antonio.

¹ V. Jesús Rubio Jiménez, «Homenajes artísticos a Miguel Hernández durante la posguerra», en Rafael Alarcón Sierra (coord.), *Miguel Hernández vuelve a Jaén: Primer Seminario Internacional Miguel Hernández*, Jaén, Publicaciones de la Universidad de Jaén, 2015, pp. 221-266.

Ya se ha dicho que tales procesos de lectura o de recepción atañen tanto a las palabras, como a la imagen del hombre que las escribió. Así que la monografía analiza los retratos dedicados al personaje simbólico en que se convirtió Machado ya en vida, y más todavía después de su muerte ejemplar, con la que es transformado en una suerte de *santo laico* con su santuario en el cementerio de la citada localidad francesa. Entre otros, Rubio examina los retratos de José Machado, Pablo Picasso o Cristóbal Aguilar, del lado de la pintura; o las esculturas de Emiliano Barral o Pablo Serrano, pues esta supone una pieza clave no solo de la iconografía artística del autor, sino de la escultura cívica española del siglo XX.

De manera ordenada y clara, en ocasiones con voluntad de estilo sobrio que puede recordar las enseñanzas de Juan de Mairena, Rubio construye un relato iluminador sobre el campo de la literatura española y los movimientos que en él se producen en torno a Machado: cómo para los exiliados tras la Guerra Civil representa una referencia de compromiso con la legitimidad republicana derrotada; o cómo en la España del dictador se realizan maniobras de apropiación de su escritura en ciertos casos con puntos de vista *esencialistas*, rehuyendo lo histórico por tanto, o con flagrantes mentiras, que llegan en los años sesenta hasta el punto de convertirlo en un reclamo turístico. Sin embargo, también su figura llega a ser percibida como símbolo para la lucha antifranquista.

El lector del volumen tiene, por tanto, información cumplida de los hitos que jalonan la gestión de esta herencia, tan disputada como fructífera: los homenajes en las revistas *España Peregrina* (1940) o *Cuadernos Hispanoamericanos* (1949); el de los artistas españoles en París (1955); el traslado de los restos del poeta y de su madre, doña Ana, a la tumba sufragada por suscripción popular en 1958; o los actos del veinte aniversario de la muerte en Collioure, París, Segovia, Madrid y Soria. Por entonces y en la década siguiente, la investigación demuestra la trascendencia como aglutinante del creador de Abel Martín, vale decir: se le consideró un referente para restablecer el diálogo o «tender puentes», dice Rubio, entre los españoles. El recorrido por los años sesenta recala con detalle en las labores del movimiento de pintores de Estampa Popular, quienes buscaron lanzar un mensaje de arte comprometido a capas amplias de la población y para los que Machado fue un modelo de moral cívica y militancia social. Importancia especial cobran por esos años la antología *Versos para Antonio Machado* (1962) o incluso el homenaje no realizado, ya que fue prohibido por las autoridades, en Baeza y tan acertadamente

llamado «Paseos con Antonio Machado» (1966). En los últimos sesenta y primeros setenta, los cantautores multiplicarán su mensaje y el poeta pasa a la condición de producto de consumo popular, empezando por el disco de Juan Manuel Serrat *Dedicado a Antonio Machado* (1969), al mismo tiempo que su faceta de poeta cívico, predominante de un modo u otro a lo largo del arco temporal que abarca el estudio, se diluye.

Andrés Soria Olmedo, a propósito de otro escritor hecho símbolo de largo aliento como Federico García Lorca, recordaba cómo para J. W. Goethe toda poesía es de circunstancias. Con las cambiantes de la vida personal y colectiva de don Antonio Machado dialoga su obra, con la finalidad tan humilde como necesaria de estar a su altura, pero también con ellas se enfrenta la memoria que de él hemos guardado sus conciudadanos. Al esclarecimiento de las circunstancias cambiantes de la recepción de su legado en un periodo concreto se dedica este libro. Acaso no sea ocioso recodar ahora el nombre de Edward W. Said, quien reflexionaba sabiamente acerca de cómo el crítico vive en el mundo. El libro reseñado cumple de manera escrupulosa con este planteamiento, ético en última instancia, que aquí podría concretarse en algo tan elemental para todo historiador como exponer la realidad del pasado con los mayores elementos de juicio para aquilatar su verdad, a fin de aprender de ella. Y su lectura, a los ochenta años de la muerte del maestro, en vista de las circunstancias actuales, solo puede reconocer la vigencia de su modelo, que resumen bien las líneas finales de un libro ejemplar: «La enorme herencia que dejó en la cultura española y universal fue su insistencia en la vivencia consciente de la temporalidad del arte, llamando siempre al diálogo y a la tolerancia por encima de las diferencias.»

ENRIQUE SERRANO ASENJO
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA